

I

—¡Mira nomás, esto está llenísimo! —exclamó Yanira, con un mohín—, ¡les dije que compráramos los boletos desde *ayer!*

—¡Sí, qué barbaridad —dijo el gordo Tor, bufando.

Los siete muchachos acababan de llegar a la Terminal de Autobuses del Sur, que se hallaba infestada de paseantes.

—Es por el puente —explicó Érika, con aire serio—. Los días están muy bonitos y todos dicen ¡vámonos de la ciudad!

—Híjole —deslizó Alaín—, ¿habrá boletos?

Los siete se miraron y caminaron con prisa cargando sus maletines, entre la muchedumbre que hacía largas colas en cada mostrador. Homero iba hasta atrás, oyendo su walkman. Llegaron a un extremo de la terminal, donde se vendían los boletos de los omnibuses Cristóbal Colón.

—¡Chin! —exclamó Yanira—, mira qué cola.

—Sí, está larguísima —dijo Érika—, hay que formarse mientras preguntamos a qué horas están saliendo los camiones. Selene, tú fórmate —indicó a la niña más pequeña del grupo, de ocho años de edad.

—¿Yo? ¿Solita? —preguntó Selene, viendo los genitíos.

—Yo me quedo con ella —avisó Tor—, yo la cuido. Yo te cuido, manita.

Selene asintió, satisfecha, y procedió a desenvolver un chicle.

—¿Quieres? —le dijo al gordo.

—Claro.

—Yo voy a preguntar a qué horas salen los camiones —dijo Alaín.

—No, yo voy —asentó Érika.

—Vamos los dos —concluyó Alaín.

Ambos avanzaron entre la gente que hacía cola y lograron llegar al mostrador.

—¿A qué horas...

—...salen los autobuses a Tepoztlán? —terminó de decir Érika, quitándole la palabra a Alaín.

—A las doce y media —respondió, hosco, el dependiente, sin verlos.

—¿A las *doce y media*? —repitieron a coro Érika y Alaín, asombrados.

—O más tarde, si no se forman ahorita —repitió el empleado—. Fórmense, chamacos, porque luego se suspenden las corridas y ya no van a poder salir.

—Pero si apenas son las ocho de la mañana, faltan tres horas para las doce y media —se quejó Érika.

—*Cuatro horas* —corrigió Alaín.

—Fórmense si quieren, escuincles.

Érika y Alaín regresaron, con paso lento, a la cola, donde se hallaban los demás.

—¿Qué creen? —empezó a decir Alaín.

—Hay boletos hasta las *doce y media* —concluyó Érika.

—¿Hasta las doce y media? —repitió Tor, incrédulo—, no se hagan los chistosos.

—No es chiste...

—¿Qué hacemos? —intervino Érika—, si esperamos aquí *cuatro horas* vamos a llegar a Tépoz quién sabe cuándo.

—A las dos de la tarde —precisó Alaín.

—¿*Cuatro horas*? —repitió Tor.

—¿Qué hacemos? —insistió Érika, desazonada.

—Vamos a hablarle a mi papá —propuso Tor—, me dijo que le habláramos si teníamos problemas.

—Ay, *el bebé* —dijo Érika—, no puede hacer nada sin su papito.

—Bueno, pues a ver tú di entonces, ¿qué hacemos?

—¿Y Homero?

—Ahí está atrás, clavado con los audífonos.

—¿No quieres un bubble yum, Érika? —le invitó Selene, quien logró avanzar cinco centímetros de la cola larguísima.

—A ver —aceptó Érika.

—¡Oigan! ¡Pérense! —casi gritó Yanira, quien apareció entre la gente.

—¿Y tú, dónde andabas? —le preguntó Alaín.

—Te puedes perder... —agregó Érika.

—Ésta siempre se desaparece —dijo Tor.

—Es la Yanira Solitaria —añadió Homero.

—Cállense, ¿no? ¡Déjenme hablar!

—Sí, pero no grites.

—Miren, en lo que ustedes estaban paradotes yo ya fui y averigüé lo que vamos a hacer.

Todos se le quedaron mirando unos instantes, y Yanira se hinchó de satisfacción al verlos muy atentos.

—¿Cómo, pues? —preguntó Érika, impaciente.

—¿Qué me dan si les digo?

—Ay cómo la haces de emoción...

—Bueno. Nos vamos a ir en combi.

—¿En combi? ¿Cuál combi? ¡Estás loca! —dijo Alaín.

—Salen allá afuera, abajo de las escaleras de entrada al metro. Van a Tepoztlán, a Oaxtepec y a Cuautla. Salen nada más que se llenan. Y cuestan veinte pesos por cabeza, ¿eh? —informó Yanira con una sonrisa radiante.

Todos se quedaron pasmados.

—Ah, y no son combis-combis sino microbuses, como los que ahora hay por todas partes.

—¿Estás segura de todo eso? —preguntó Érika.

—Claro.

—¿Cómo te enteraste? —intervino Alaín.

—Porque oí que unos señores estaban platicándolo en la cola. Luego les pregunté y me explicaron todo. Ellos ya se fueron a las combis. Vamos, ¿no?

—Vamos —dijo Tor, enfático.

—Momento —añadió Alaín—. ¿Qué tal si son puros cuentos? Que alguien se quede aquí en la cola para no perder el lugar.

—Pa qué —protestó Yanira—, en las combis sí hay lugar y salen orita mismo.

—Que se queden Selene, Homero, Indra, el gordo y Yanira y tú —indicó Érika, sin hacerle caso a Yanira—. Yo voy a ver.

—No, yo voy —dijo Alaín.

—Vamos los dos.

—Yo quiero ir —pidió Selene—, ya me cansé.

—No, Selene, tú estás muy chiquita, tú quédate aquí —dijo Érika.

—Que no. Yo quiero ir.

—Que venga —decidió Alaín—, total, yo la cuido.

Érika suspiró resignada. Alaín tomó a la niñita de la mano y los tres se deslizaron entre la muchedumbre en dirección a la calle.

—Siguen llegando, ¿te fijas? —comentó Alaín.

—¿Por qué hay tanta gente, Alas? —le preguntó Selene.

—Es por el puente —explicó Alaín.

—¿Por qué?

—Ay Selene, ¿no te explicaron en la escuela? —preguntó Érika, impaciente. Ya estaban afuera, entre los numerosos autos y autobuses que pasaban muy despacio frente a la terminal, y se dirigían a las bases de combis que llenaban los alrededores del metro Taxqueña.

—Porque el quince y el dieciséis de septiembre son los días de la Independencia, que caen en jueves y viernes —explicó Alaín—, y luego viene el sábado y el domingo, así que no hay clases en cuatro días y por eso todos se van a pachanguear a donde pueden.

—Igual que nosotros, mensa —dijo Érika.

Ya estaban frente a un grupo de microbuses estacionados, en torno de muchos otros y de las incontables camionetas que llevaban al pasaje hacia numerosos puntos de la ciudad de México. Ríos de gente subían y bajaban las escaleras que llevaban al metro. Efectivamente, esos micros salían tan pronto se llenaban e iban a Cuautla y a Oaxtepec; no entraban en Tepoztlán, pero los podían dejar en la caseta.

—¡Sí, allí siempre hay coches o combis que llevan al pueblo! —exclamó Érika—. Nos vamos. Somos siete —agregó, mientras sacaba dinero de su bolsa y contaba los billetes con cuidado antes de entregárselos al conductor del microbús—. Tú jálate por los demás, Alaín. Tú te quedas conmigo, Selene.

Alaín dudó unas fracciones de segundo, le fastidiaba seguir órdenes, y más las de Érika, pero después salió corriendo entre la gente, los autos y los autobuses que llenaban de humo la mañana.

Érika y Selene subieron al microbús, en el que ya había alguna gente. Un matrimonio que parecía tener un puesto en el mercado, otro como de maestros pobres, imaginó Érika, y varios señores de distinto tipo, más bien viejos; uno de ellos hablaba y hablaba y otro lo escuchaba. Érika y Selene se acomodaron en dos bancas y “están ocupadas”, decían a los que seguían subiéndose al camión y querían ocuparlas; “sí, esas niñas pagaron siete lugares”, decía el chofer que cobraba los pasajes en la puerta.

Érika miró al joven conductor con aire desafiante. Le fastidiaba que le dijeran niña, simplemente, se decía, porque ya no lo era, ya tenía trece años, ya estaba en *segundo* de secundaria, ya estaba en sus teens, como decía su mamá, y si se pintaba y se ponía los taconzotes de su hermana Myriam la dejaban entrar *en donde fuera*.

El microbús se había llenado, a excepción claro, de las dos bancas apartadas por Érika y Selene, pero no aparecían ni Alaín, ni Tor, Indra, Homero, ni Yanira. “Ya vámonos”, decían algunos de los pasajeros, impacientes. “Se está haciendo muy tarde”. “Sí, vámonos, ya vámonos, chofer”.

—¡No! ¡Espérense! —clamó Érika angustiada.

—¿Voy a buscarlos, Érika? —le dijo Selene.

—¿Tú? ¿Estás chiflada? ¡Te pierdes! Mejor voy yo.

—¡Vááá-monos!

—¿Tú? ¿Y si no regresas?

—¿Cómo que no regreso? Claro que regreso. Ay malditos, los odio, ¿qué les habrá pasado, tú? ¿Por qué no llegan?

“Ya vámonos”, insistían otros pasajeros, pero el chofer, ya instalado al volante, no les hacía caso y miraba impasiblemente al intenso movimiento de gente y combis en el metro y la terminal.

—Selenita, voy a ir a buscarlos, tú espérame aquí, pórtate de lo más tranquila y no pasa nada, los señores te cuidan, y yo voy como rayo a ver qué pasa...

Érika se interrumpió porque en ese momento se oyó un gran alboroto y Alaín subió en el microbús.

—¡Ya llegamos! —exclamó Alaín.

—¡Qué relajo! —dijo Homero.

—¡Fue por culpa de Indra! —acusó Tor.

—¡Yo no tuve la culpa, qué!

—¡Shhh!

—¡Les dije que para qué nos quedábamos a hacer cola! ¡Era de lo más idiota, íbamos a irnos en la combi de cualquier manera!

—¡Ya cállense!

—¡Escuincles tardados!

—¡Vámonos!

—Síéntense, ya no hagan tanto ruido —dijo el chofer.

Todos gritaron “¡uuuuuh!” entre risas, pero el chofer no les hizo caso, arrancó el motor del microbús y se metió como pudo entre la hilera de vehículos que avanzaba a vuelta de rueda frente a la Terminal del Sur. Cada vez llegaba más y más gente.

—¡Ay Dios! —exclamó Indra—, yo creí que ahí nos íbamos a quedar...

—Pero ya ves que no —dijo Alaín.

—*Les dije* que nos viniéramos todos juntos a la combi —recriminó Yanira—, no tenía caso quedarnos allá.

—No es combi, es micro —corrigió Alaín.

—Oye Hómer, presta el walkman —pidió Tor.

—Ni te oye —le recordó Indra—, además tú tienes el tuyo.

—Sí, pero está guardado...

—Bueno, ¿y por qué se tardaron tanto, se puede saber? —preguntó Érika.

—...y además el suyo está más picudo.

—Es que la mensa de Indra se fue a hablar por teléfono —explicó Yanira—. Yo le dije que no se fuera, pero siempre hace lo que se le pega la gana.

—Es que tenía que hablar... —musitó Indra, con una sonrisa apacible.

—¿Y no podías apurarte, carajo? —protestó Tor.

—¡Grasa, bolero! —se oyó atrás.

—Shhh, no digas groserías —dijo Yanira—. ¿A quién le hablaste, Indra?

—A Rubén. Le prometí que le hablaría todas las veces que pudiera.

—¡Oye! ¡Yo creí que era una llamada *importante!*

—Sí era importante...

—¿Ya oíste Homero?

—¿Qué? —dijo éste quitándose los audífonos.

—¿Sabes por qué se tardó tanto Indra? Porque le fue a hablar *a su novio* —dijo Tor.

—Es una estúpida —calificó Homero y volvió a ponerse los audífonos.

—¿Pero por qué te tardaste tanto, Indra? —preguntó Selene—, te esperamos *siglos*, aquí los señores nos querían matar.

—¡Ya cállense! —se oyó de atrás.

—¡Parecen pericos!

—Es que todos los teléfonos de la terminal no sirven o había colas *interminables*...

—¿Y qué hiciste entonces?

—Me fui a los teléfonos del metro.

—¡Con razón no te encontrábamos! —exclamó Tor.

—¡Uuuuuuh! —gritaron todos.

—¡A callar!

—¡Shhhhh!

—No les hagas caso —dijo Érika a Yanira—, ellos también se la pasan güiri-güiri.

—Sí —replicó Yanira—, ¿ya viste a ese viejo? Habla y habla bien enojado, ya tiene la cara toda roja.

—A que están hablando de política...

—Ay sí, qué aburrido... Oye, están padres tus pantalones, ¿son del otro lado?

—Fíjate que sí, Yani, ¿y qué crees? El viejo horrible libidinoso del director me regañó porque los llevé a la escuela, dijo que me quedan muy pegados. Ya hasta quería hablarle a mi mamá, ¡y ella fue la que me los trajo de Houston!

Las dos se soltaron a reír.

—Es un idiota —concluyó Yanira.

—¿De qué hablan, eh? —intervino Indra.

—Del dírec.

—Híjole, qué les pasa, hablen de cosas *positivas*.

—Tú eres la que no tienes perdón de Dios, Indra, estos viejos nos querían linchar porque no llegaban.

—Ay Érika, pareces mi mamá.

—¿Quieres un chicle, Indra? —invitó Selene.

—Sí, dame.

Ya habían salido de la ciudad, pero el flujo del tránsito no decrecía; en la caseta de cobro de la carretera las colas de automóviles, combis, micros y autobuses eran larguísimas. Atrás quedaba la gran mancha de contaminación de la ciudad, más visible que nunca porque frente a ellos el cielo era completamente azul.

—Oye qué gentío —comentó Tor, mientras las muchachas estallaban en carcajadas que ameritaron los inmediatos “shhhh”, “cotorras”, “ya cállense” del resto del pasaje.

—A mí ya me anda por llegar a Tépoz —dijo Alaín—. Mi papá se va a cagar al ver que llego con todos ustedes.

—¡Yaaa! ¿A poco no le avisaste?

—Bueno, le dije que si podía llevar a unos amigos —respondió Alaín con una sonrisa—, pero no cuántos. De cualquier manera él me dijo: trae a quien quieras.

—Ah, bueno...

—Yo nomás te iba a invitar a ti y al Homero, pero nos oyó Érika cuando lo estábamos cotorreando en el patio grande, ¿te acuerdas?

—Sí, hombre, luego luego se apuntó.

—Y yo dije bueno pues está bien, que venga, ¿no? y a Homero como que le gustó la idea, pero a mí se me hace que más bien le gusta la condenada flaca.

—¡Guaj! Está horrible la maldita, más ahora que le pusieron los frenos...

—Y luego Érika salió con que no le daban permiso de ir a Tepoztlán con puros *hombres* y le dije pues traite a una cuatita, pero caray, nunca me imaginé que invitara a Yanira y a Indra y hasta a la enanita Selene.

—Es bien buena onda esa chavita, Alas. Pero tons qué, ¿no se enojará tu papá?

—Pues chance, depende del humor que traiga, si está de buenas, perfecto, pero si no, de cualquier manera no hay problema porque se encierra en su estudio y no lo ve ni mi mamá.

—¿Y tu mamá?

—Ella se fue ayer. No quería que nos viniéramos solos porque dice que estamos muy chicos todavía, ya sabes toda esa payasada. Pero yo le dije que no pasaba nada,

que era facilísimo tomar el autobús para ir a Tépoz. Total, no se quedó muy contenta, pero tenía que irse desde ayer porque tenía que ver a una señora que hace limpias.

—¿Una *qué*?

—Una *bruja*. ¿A poco no has visto ni una?

—¿Una bruja? ¿Estás loco o qué, cuate? ¿Tú sí has visto brujas?

—En Tépoz hay un chorro. Pero bueno, no son como las de las caricaturas, ¿no?, con escoba y toda la cosa, son más bien una señoras indias que te pasan ramas y huevos y cosas por todo el cuerpo y mientras están rece y rece.

—¿De veras?

—Sí, palabra. A mi mamá le da por esas ondas y cuando yo era chiquito me llevó varias veces para que dizque me limpiaran.

—¿Y qué se siente, tú?

—¿De qué hablan? —preguntó Homero, que se había quitado los audífonos.

—Vaya, hasta que éste soltó el walkman —comentó Tor viendo codiciosamente el pequeño aparato que Homero llevaba prendido del cinturón.

—¿De qué hablan, pues?

—De brujas.

—Ay sí, no mamen —dijo Homero y volvió a ponerse los audífonos.

Tor se los quitó unos momentos. —Luego me los prestas, ¿eh?

Homero asintió.

—A mi mamá la pierde la astrología y que le lean las cartas —dijo Tor.

—Sí, a la mía también, pero a ella además la matan las brujas de Tepoztlán, a cada rato dicen que le están

haciendo trabajos y le dan sus limpias y yerbas y talismanes y un chorro de cosas. Luego se va al Tepozteco, dice que hay que pagarle tributo al Tepozteco siquiera una vez al año. Es sensacional el monte, como de Indiana Jones. Sí has subido, ¿no?

—Claro, buey. Contigo.

—Al rato nos lo echamos, ¿no?

—Juega. Pero antes jugamos con el nintendo, me prestaron unos juegos sensacionales.

—Oye pinche gordo, todo el tiempo te la pasas con los juegos y ahora que sales al campo te la vas a querer pasar encerrado, estás mal de la cabeza, Héctor.

—Me llamo Tor.

—Sí, pues.

—Está bien, subimos primero al Tepozteco y luego te enseño *Los inconcebibles laberintos de Borges*, es la pura buenísima onda. Homero también trae otros juegos, pero son los de siempre.

—Suave.

—Mi mamá no me quería dejar venir por las calificaciones que han estado que olvídate. Y que no le gusta que ande solo, y menos si es con otros chavos, y todavía menos si hay niñas. Echó pestes de tu mamá y de tu papá porque nos dejaban solos.

—Uh, ¿qué tiene de malo? Yo tomo autobuses desde que estaba más chico, como de once. Y mi hermana, cuando vivimos un año en Tépoz, tenía diez años y agarraba los camiones y se iba a todos lados, sola, sin avisar, se iba a Cuautla, a Yautepec, a Cuernavaca, una vez hasta a Taxco se fue, ¿te imaginas?

—Sí, tu hermana es tremenda. Y tu mamá también está bien loca, ¿verdad?

—Qué te pasa, cuate. No te metas con mi jefa.